

I

MADRES

Hice lo que hice, y tendré que vivir con ello. Pero no hay modo alguno de asimilar lo ocurrido sin incluir a L. A. en el paquete. Eso era lo que tenía ella, que jamás trataba de cambiar a nadie, pero nada de lo que tocaba volvía a ser lo mismo, incluyéndome a mí. Creo que eso se debe a que hiciera lo que hiciera, y no os penséis que me olvido de que era una chica, lo hacía a lo bestia. Sin previo aviso, sin dar explicaciones ni mostrar un especial interés en si la otra persona lo entendía o no. Un buen ejemplo de sello fue el modo en que se presentó en nuestra casa.

Se supone que tengo ciertas facultades extrasensoriales, que según la abuela es una especie de atavismo que de vez en cuando se manifiesta en la familia. En mi caso se expresa de un modo imprevisible y por lo general resulta inútil, pero esta vez fue muy intenso e irrumpió en mi cabeza como un relámpago mientras terminábamos de lavar los platos del desayuno en la cocina. Ocurría algo en el porche delantero. No era algo peligroso ni necesariamente escalofriante, pero sí algo que estaba fuera de lugar. Me sequé las manos para salir a echar un vistazo.

Sucedió el primer sábado del mes de febrero, el verano anterior quedaba ya muy lejos y Oak Cliff empezaba a despertar bajo un manto de escarcha que parecía polvo de diamante. Unas finas cuchillas de luz solar naranja seccionaban los mirtos desnudos y esponjosos del camino de entrada y se doblaban hacia el césped helado y el porche, perfilando así el lugar en el que L. A. permane-

cía sentada y encogida en su vieja cazadora tejana con la espalda apoyada contra la pared y los brazos rodeando las rodillas. La palidez de su rostro sólo resaltaba por la rojez de su nariz. Estaba temblando, se balanceaba y miraba fijamente al vacío, las pálidas bocanadas de su aliento se alejaban por la luz veteada como si fueran diminutas señales de humo.

Dos de las hermanas de la iglesia de Saint Mary, que habían salido a una hora inusualmente temprana por razones que desconocía, se habían detenido en la acera de enfrente y nos miraban como si fueran un par de pingüinos detectives. Debido a su tendencia a aparecer sólo en los momentos menos oportunos, no me extrañó verlas, aunque la escena me pilló un poco desprevenido. La presencia de testigos en circunstancias ambiguas siempre surte ese efecto, a menos que tuviera una buena excusa a mano, porque en ese preciso instante estaba tratando de hallar algún tipo de explicación a la visita de L. A. que descartara sin ningún atisbo de duda cualquier responsabilidad por mi parte.

L. A. era mi única prima, y de hecho, por lo que yo sabía, la única niña con la que estaba emparentado, y ésa era una de las razones por las que no disponía de un baremo de normalidad para cotejar este tipo de actuaciones. Lo que sí sabía por experiencia era que la cantidad de problemas que ella era capaz de acarrearlos no conocía límites. Para empezar, no tenía ni idea de por qué se había marchado de casa, aunque por supuesto lo primero que se me pasó por la cabeza fue que habría surgido algún problema con su familia, mi tía Rachel y su marido Cam, que se ponían muy desagradables cuando bebían. Algo que, para ser sinceros, ocurría continuamente.

Pero no lograba captar lo que pasaba, y yo diría que ésa es la diferencia entre ser listo y ser inteligente. Probablemente tengo un CI suficiente para abordar la mayoría de las tareas rutinarias, pero ser listo es algo muy distinto a eso. Significa tener la capacidad instintiva de situar el centro de gravedad de una cosa, hallar el punto de equilibrio entre su significado y su importancia, y ahí

era exactamente donde yo me hacía un lío. Aunque no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que la situación era muy poco común, y creo que en ese preciso instante supe que L. A. nos había hecho cruzar una línea a la que nunca regresaríamos.

A pesar de que sabía perfectamente que ella no nos pondría las cosas fáciles, eché un vistazo a mi alrededor para intentar atar los cabos sueltos de la situación: el coche de la tía Rachel que torcía la esquina hasta desaparecer, la bicicleta de L. A., huellas en la escarcha, de todo. Pero salvo por esas monjas entrometidas y los penachos de sus alientos, no había nada que contemplar en el reluciente y silencioso vecindario.

Ayudé a L. A. a levantarse y entramos juntos en casa.

—¡Santo Dios! —exclamó la abuela cuando nos vio cruzar la puerta.

Dejó caer la bayeta sobre la repisa del fregadero y se acercó a nosotros.

—Ha debido de estar un buen rato ahí fuera —supuse—. Fíjate en cómo tiembla.

—Pero ¿qué demonios ha ocurrido? —preguntó la abuela. Pasó la mano por la mata de pelo moreno de L. A. para mirarla a los ojos, e insistió—: ¿Qué ocurre, cariño? ¿Te has hecho daño?

L. A. seguía temblando sin pronunciar palabra.

La abuela le dio el clásico repaso experto de las madres en busca de cortes, moratones y huesos rotos, y dijo:

—Estás fría como un carámbano, muchacha. —Reparó en las yemas de los dedos de L. A. y chasqueó la lengua—. Pero no creo que sea hipotermia, al menos no por ahora.

Cogió el edredón azul, envolvió a L. A. en él y la sentó en la silla de la mesa de la cocina junto a la ventana, luego se dispuso a calentar leche para preparar chocolate caliente. Yo me acerqué a la alacena para coger una taza y la bolsa de pequeñas nubes de azúcar, y después saqué una cuchara del cajón mientras L. A. supervisaba atentamente nuestros movimientos, cobijada bajo el edredón como si fuera un animal nocturno recién cazado.

Cuando la abuela colocó la taza de chocolate delante de L. A., ella se la quedó mirando durante un minuto sin inmutarse. Después sus manos emergieron lentamente de los pliegues del edredón y se acercó la taza para tomar un sorbo, luego la devolvió a su sitio sin molestarse en limpiarse el bigote de azúcar.

Al cabo de un rato dejó de temblar, aunque seguía sin tener nada que decir. Jamás había sido una persona muy habladora, pero en esos momentos su silencio era sepulcral. Para mí, este detalle se salía tanto de lo común que rozaba lo escalofriante, porque además seguía mirándome con esos enormes ojos de salvaje.

La abuela, en cambio, se comportaba como cualquier otra fémina normal y corriente, es decir, que no paraba de hablar. Llamó por teléfono a la tía Rachel, pasó por alto los prolegómenos para meterse directamente en harina, diciéndoles de todo: «inmaduros», «irresponsables» e «indulgentes», por poner sólo un ejemplo. No me costó imaginarme a la tía Rachel plantada al otro lado de la línea (se parecía bastante a mamá, sólo que era un poco más alta, más morena y bebía más, probablemente llevaría puestas sus botas y sus vaqueros habituales) caminando de un lado para otro, fumando y pasándose la mano por el pelo mientras profería gritos a la abuela. Aunque fuera a primera hora de la mañana, si en aquel momento no sostenía una copa, no tardaría mucho en servirse un vodka.

La abuela recapituló:

—Como de costumbre, Rachel, has conseguido sacar la peor parte de un mal negocio. Pero al menos Lee Ann está a salvo aquí con nosotros, y eso es mucho más de lo que puedo decir cuando está contigo.

Debido a su gran inteligencia y a su educación nortea, la abuela se expresaba en esos términos todo el tiempo. Por lo que a mí respecta, lo más impresionante era el modo tan preciso con el que sus palabras te dejaban paralizado sin permitirte siquiera un hueco en el que maniobrar o defenderte. La tía Rachel tampoco se quedaba corta en esos menesteres, aunque no podía competir

con la abuela, especialmente cuando estaba como una cuba, y cuando por fin las cosas se calmaron la sentencia fue irrevocable: L. A. se quedaba con nosotros.

La abuela era partidaria de la idea de que la mejor estrategia contra el miedo y la confusión era el contraataque, y su método consistía en afianzar lo que había que hacer primero, fuese lo que fuese, para pasar acto seguido a lo siguiente y a lo que viniera a continuación. Ahora que L. A. se encontraba más o menos bien y no se marchaba a ninguna parte, lo siguiente en el orden del día era ir a buscar su ropa y sus cosas a casa de la tía Rachel, incluida su perra *Jazzy*, una bola peluda de ojos saltones que la abuela daba en llamar «una cagonceta». Pero L. A. no quiso acompañarnos, y negó enérgicamente con la cabeza cuando la abuela trató de convencerla al señalar, de un modo muy razonable, a mi entender— que la necesitaríamos para saber lo que teníamos que llevarnos.

—Vamos, L. A., todo va a ir bien —dije.

Entonces se apartó con la mirada puesta en el recibidor, trazando así su línea de retirada.

—De acuerdo —claudicó la abuela al tiempo que cogía su monedero.

Nos llevamos todo lo que pudimos de casa de la tía Rachel y lo cargamos en la camioneta; L. A. se alegró por unas décimas de segundo al vernos salir del vehículo con *Jazzy* debajo de mi brazo. Echó a correr para arrebatármela cuando llegué a la altura del parterre de camelias al final del sendero de entrada.

La abuela y yo dejamos los bultos en la zona del vestíbulo que antiguamente había sido el cuarto de costura, ya que allí había una cama para invitados. Mientras trabajábamos, la abuela explicó que en la antigua China los perros como *Jazzy* recibían el mismo nombramiento oficial que los gatos para dejarlos entrar en la Ciudad Prohibida, a la que por lo visto sólo los gatos tenían acceso.

Como muchas de las cosas que contaba la abuela, este comentario surtió el peculiar efecto de embotarme la mente con ideas